

Identidades, retos y posibilidades de América Latina

por **D. Luis Ugalde, S.J.**

*Conferencia pronunciada
el 20 de diciembre de 1994*

Forum Deusto

Identidades, retos y posibilidades de América Latina

por D. Luis Ugalde, S.J.*

Introducción: El sentido del tema

A nuestro modo de ver el sentido de este tema está en la actual distancia en América Latina entre las necesidades sentidas de nuestras sociedades en cuanto a desarrollo económico, social y político y la efectiva producción de los bienes y servicios que satisfacen esas necesidades. Hay una enorme brecha entre estos dos extremos. En medio está sometido a juicio nuestra capacidad de producir o no las realidades que pueden cerrar esa brecha y acortar esa distancia: ¿Dónde están las trabas y dónde las posibilidades positivas para producir lo que se necesita tanto en valores ciudadanos para un desarrollo político en democracia y justicia social como en bienes y servicios necesarios?

De manera explícita o implícita, están presentes tres posiciones fundamentales sobre este problema latinoamericano:

— *Visión estático-determinista*. Según ella el latinoamericano es poco propenso a producir el desarrollo que necesita debido a causas

* Don Luis Ugalde S.J., natural de Bergara (Gipuzkoa) y de nacionalidad venezolana, es Licenciado en Filosofía y Letras (Universidad Javierana-Colombia), Teología (Sankt Georgen-Frankfurt), y Sociología (Universidad Católica Andrés Bello-Venezuela) y es Doctor en Historia (Universidad Santa María-Venezuela). Desde 1990 es Rector de la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas, de la que fue anteriormente Vicerrector (1986-1990). De 1979 a 1985 fue Superior de la Compañía de Jesús en Venezuela, y de 1985 al 88, Presidente de la Confederación de Religiosos de América Latina. Con relación a su actividad docente, es Profesor de Teoría Política, Cambio Social, Historia Social de América Latina y de Economía y Sociedad en la Universidad Católica Andrés Bello, y Profesor de Historia Contemporánea de la Iglesia en el ITER, Venezuela. Ha sido profesor invitado en otras Universidades venezolanas, y ha publicado varios libros como autor y coautor, y numerosos artículos en revistas especializadas y en la prensa.

raciales, climáticas y religiosas que no fomentan la laboriosidad que caracteriza a los anglosajones. Hay muchas variantes de esta tesis tan simple y han estado muy presentes en el pasado y lo están actualmente.

— *Visión colonialista asimilada*. Esta actitud está muy presente en la sociedad latinoamericana y con frecuencia sustenta toda una actividad y cultura política y económica de partidos, de movimientos y de ciudadanos. Según ella fundamentalmente son otros los culpables de nuestro subdesarrollo y problemas. Como no podemos desarrollarnos mientras esos otros no cambien su acción en nosotros, nuestra salvación depende de ellos y nuestra condenación a ellos se debe. Esto toma forma internacional cuando la culpa es atribuida fundamentalmente a las potencias históricamente dominantes (España, Inglaterra, Estados Unidos) o a las transnacionales. A nivel nacional cada subordinado (clase social, región, profesión...) es víctima de otros.

En consecuencia lo que se puede y debe hacer es denunciar al que domina y esperar a que cambie totalmente el sistema de dominación para que luego, libres de los que nos ataron, podamos desarrollar todas las cualidades que tenemos anuladas por la acción malvada de otros.

Una variante de esta actitud es la que se mantiene en movimientos revolucionarios holísticos, los más frecuentes han sido en las últimas décadas de inspiración marxista. Según esta manera de ver las cosas, todo cambio actual gradual es antirrevolucionario, pues crea la ilusión de que es posible mejorar dentro del sistema y así impide la revolución. Lo que se debe hacer es concentrarse en la acción para la toma del poder político para desde allá con una nueva determinación cambiar el sentido de toda economía, de toda política y de toda la vida social. Así, lo que ayer era explotación mañana se convierte en liberación.

— *Visión de cambio cultural-productivo*. Esta visión y actitud no ignora ni desdeña los condicionantes históricos que contribuyen al subdesarrollo, pero afirma la posibilidad propia para salir de la situación en la medida en que nuestros países (sociedad civil y Estado) deciden incrementar sus propias capacidades de producir el desarrollo que necesitan y despliegan una racionalidad instrumental que organice los medios eficaces para lograr las grandes metas sociales como es la erradicación de la pobreza, en cuya absoluta necesidad hay consenso, al menos teórico.

Consideramos que esta es la única actitud que en el momento actual puede producir salidas en América Latina y creemos que ya hay

cambios muy positivos en esta dirección que deben ser identificados, al mismo tiempo que se desmontan ciertos elementos paralizantes y se articulan racional y metódicamente los concretos medios de acción productiva de los bienes servicios y clima nacional de pacífica convivencia que necesitamos.

Como parte de esta actitud básica de considerar el desarrollo posible como fruto de nuestro propio esfuerzo y talento, se debe incluir la superación de una rémora todavía muy presente en nuestros países; la de considerar que son ricos o pobres de acuerdo a la cantidad de materias primas y de productos agrícolas no elaborados de que dispongan.

Hoy América Latina en relación a la década de los sesenta —si bien no está en mejor situación—, sí tiene elementos básicos muy favorables y una posibilidad muy efectiva de cambio de actitud hacia su propio desarrollo.

El horizonte de los sesenta y la paradoja de los ochenta

América Latina entró a la década de los sesenta con una apuesta fundamental entre la Revolución cubana por un lado y la Alianza para el Progreso del Presidente Kennedy, por otro. Aquella tomó el poder en enero de 1959. La creciente hostilidad norteamericana alimentó la lucha armada contra Fidel Castro. En enero de 1961 el Gobierno norteamericano rompió relaciones. Poco después se produjo la invasión de Bahía de Cochinos. Su fracaso trajo la clara definición marxista-leninista del régimen cubano y su alineación con el Bloque Soviético al mismo tiempo que el bloqueo norteamericano que dura hasta hoy. En este clima de hostilidad el Gobierno de Kennedy lanzó la Alianza para el Progreso como vía de salvación para el resto de América Latina. El embajador especial Adlai E. Stevenson, enviado por Kennedy a América Latina, en su informe de mediados de ese año presentaba el peligro comunista a ejemplo de Cuba como la gran tentación latinoamericana y como barrera a este peligro la capacidad que tuvieran los gobiernos democráticos con el apoyo norteamericano de demostrar que se podía conseguir el bienestar dentro de la democracia occidental y el sistema capitalista. «Si la democracia quiere perdurar —decía el informe Stevenson— debe demostrar con rapidez y de un modo convincente su capacidad para convertir en realidad las esperanzas de los hombres.» Y añadía: «Los menos favorecidos por la fortuna están cansados de promesas; quieren acción, resultados, no para sus nietos sino para ellos mismos. Se les

debe demostrar que su interés estriba en poner en actividad la Alianza para el Progreso, de que de aquí en adelante trabajarán en su propio provecho y no para bien de los otros; de que no se les pedirá que soporten el peso del elefante y que acepten la parte del ratón en los beneficios.» Con el enemigo siempre en la mira, Stevenson añadía: «El alineamiento de Cuba al lado del comunismo ha aumentado la amenaza del comunismo en América Latina. El comunismo bajo el nombre de fidelismo, puede disfrazarse ahora en un movimiento revolucionario indígena.»

El Ejecutivo norteamericano decía a su Congreso: «La Alianza para el Progreso mostrará al mundo cómo cuando naciones soberanas juntan sus recursos, se pueden rechazar las fuerzas destructoras, rápida y eficazmente, sin vacilar en su avance hacia nuevos horizontes.»

El 16 de agosto de 1961 la Conferencia de Estados Americanos en Punta del Este aprobó la Carta de la Alianza para el Progreso que en su dintel anuncia: «Las Repúblicas Americanas proclamamos la decisión de asociarnos en un esfuerzo común para alcanzar un progreso económico acelerado y una más amplia justicia social para nuestros pueblos, respetando la dignidad del hombre y la libertad.»

Era la última vez que la República de Cuba asistía a una Conferencia Americana. Luego quedaría excluida y bloqueada hasta nuestros días.

En ese momento Fidel Castro puso el dedo en la llaga al señalar la causa de la debilidad de la Alianza: su motor era el miedo al comunismo y resulta que el miedo sólo es muy mal motor para construir. «Hasta hace dos años —decía Fidel— el imperio yanqui no se había dado cuenta; pero ahora que Cuba ha recordado su existencia, los norteamericanos están muy preocupados, pero no por el bienestar de América, sino por el temor de perderla.» El Che Guevara participó en la Conferencia de Punta del Este y antes de cerrar la puerta de salida de esta Asamblea americana dócil a Estados Unidos dijo lo siguiente: «¿No tienen un poco la impresión de que se les está tomando el pelo? Se dan dólares para hacer carreteras, se dan dólares para hacer caminos, se dan dólares para hacer alcantarillas; señores ¿con qué se hacen las carreteras, con qué se hacen los caminos, con qué se hacen las alcantarillas, con qué se hacen las casas? No se necesita ser un genio para eso. ¿Por qué no se dan dólares para equipos, dólares para maquinarias, dólares para que nuestros países subdesarrollados, todos, puedan convertirse en países industrializados-agrícolas, de una vez?»

Hoy 33 años después Cuba está aislada y encerrada en un callejón sin salida. Al mismo tiempo, América Latina percibe con más claridad las limitaciones y retrocesos que se han producido en este tiempo por carecer de un desarrollo productivo propio sostenido fundamentalmente en su propio talento humano. De manera que ninguno de los dos ganó la apuesta y no se han producido el desarrollo y la paz deseadas.

La Alianza para el Progreso estaba muerta antes de tres años, así como asesinado su inspirador Kennedy. El Continente latinoamericano a partir de 1964 se convirtió en campo expansivo para las dictaduras que una a una se fueron implantando con apoyo norteamericano, al tiempo que se desarrollaba la lucha política por conquistar e implantar la dictadura del proletariado. Diez años después sólo tres países (Venezuela, Costa Rica y Colombia) tenían regímenes que pudieran considerarse democráticos con pluralidad de partidos. En continuas oleadas se estrellaban las aspiraciones populares para hacerse de los bienes que se consideraban secuestrados por el imperialismo o por los ricos y la acción represiva de éstos.

Para la década de los ochenta —a pesar del auge de la inviable ilusión revolucionaria centroamericana— ambas fórmulas estaban agotadas. Ni la dictadura militar derechista ni la dictadura proletaria podían dar lo que no diera una nueva actitud productiva en la sociedad civil. El Estado y su ineficiencia estaban agotados. Así mismo una manera de hacer política partidista basada en las promesas populistas y en el clientelismo corruptor. El considerable crecimiento en las décadas de los sesenta y setenta tenía pies de barro y resultaba insostenible por su ineficiencia y falta de competitividad a nivel mundial.

Luego vino la década perdida en la que se dio el regreso condicionado de las democracias, pero con la terrible herencia de la deuda externa y del decrecimiento económico que dejaba al descubierto las debilidades productivas y una inflación desbocada. Se veía que incluso las dictaduras más represivas con todo su horror no habían podido establecer una dinámica económica sostenible. Había una enorme carencia en el sujeto productor de bienes, de servicios y de organización así como las virtudes ciudadanas. Por fomentar en universidades y partidos el *sujeto productor de la revolución* y de la toma del poder o la política represiva y enfermizamente anticomunista en los militares y fuerzas de derecha se había descuidado el difícil y *necesario desarrollo del sujeto productor de bienes y servicios y de organización* honesta y eficiente en todos los niveles y ámbitos. Las élites dominantes mostraron su *incapacidad de asumir* en serio como problema nacional los intereses de

los pobres y oprimidos y ésta sigue siendo hoy una enorme deuda social heredada que pesa más que la deuda externa. Sólo una política totalmente renovada puede tener futuro.

La caída del Muro de Berlín y el derrumbe del Bloque Soviético al final de la década cambiaban de tal manera el panorama político que obligaba a pensar muchas cosas de nuevo. El revolucionarismo marxista de muchas universidades latinoamericanas y maneras de pensar y de hacer política habituales como la represión de la ultraderecha antimarxista quedaron viudos. Tal vez el cambio político en Chile del 73 al 90 sea una muestra significativa del fin de un modo y el comienzo de otro muy distinto aunque en buena parte los protagonistas de hoy sean los mismos que los del comienzo de la década de los setenta. Pero no es el único caso. Hay un nuevo viento político evidente cuando se compara la política de Menem con la tradicional del Justicialismo en Argentina, lo que hoy significa Fernando Henrique Cardozo en Brasil en relación a sus propias tesis anteriores y a la tradicional política brasileña, los últimos dos presidentes mexicanos en relación a la tradición y modos políticos del PRI, el derrumbe del APRA y otros partidos en Perú y el surgimiento de Fujimori. Incluso el vuelco de la guerrilla salvadoreña revela cambios muy profundos en el estilo y temática de las diversas tendencias en la política latinoamericana. La eficiencia económica se pone en el centro del bien común y de la gobernabilidad de nuestros países. Sólo que esa eficiencia productiva debe lograrse en todos y para todos y ello tiene que ver con la gran pregunta de la pobreza a la que no se dará respuesta con proyectos meramente neoliberales que generen masas de neopobreza y de excluidos, aunque es evidente que nada se puede hacer sin sanear y dinamizar la economía.

No solamente en política se deben plantear de nuevo las cosas sino también en la educación. Los hechos son elocuentes. América Latina puede demostrar unos crecimientos numéricos impresionantes en todos los niveles de la educación entre 1950 y 1990, pero queda abierta la pregunta sobre los frutos de desarrollo productivo y de la elevación de la calidad de vida ciudadana para todos, que esa educación ha traído.

América Latina en 1950 producía el 12,42 % de las exportaciones mundiales. Para 1980 el porcentaje se redujo a 5,41 y en la llamada «década perdida» bajamos al 4 por ciento.

En esas mismas décadas el esfuerzo por generalizar la educación en América Latina y el Caribe fue impresionante. Las cifras son elocuentes. Como muestra veamos sólo las de nivel superior. De 1950 a 1990 se ha

pasado de 267.000 estudiantes de tercer nivel a cerca de 7.000.000. Cada año ingresan más de medio millón de diplomados de nivel superior. La educación se generalizó gracias al financiamiento del Estado y la educación universitaria se abrió a los sectores medios y populares.

La educación fue considerada como el principal canal de movilidad social vertical y de ascenso y así lo lograron muchos millones de latinoamericanos cuyos padres eran analfabetos. Sin embargo el hecho de que en los mismos años en que se daba esta impresionante expansión educativa se produjera tan dramática reducción de la participación latinoamericana en las exportaciones mundiales hace ver que no se ha dado la adecuada relación entre el hecho educativo y el hecho productivo, sino que en buena parte han estado divorciados, divorcio entre universidad y sociedad y entre universidad y economía.

Quizá esta reducción latinoamericana en el peso específico mundial pudiera estar contrapesada por el desarrollo interno, pero tampoco se puede considerar que la expansión educativa haya traído mejor distribución del ingreso en los países, más justicia social y más calidad de vida ciudadana y de convivencia pacífica. Por desgracia es todo lo contrario, ha aumentado el porcentaje de indigencia, la distancia entre ricos y pobres, y disminuido el poder adquisitivo de los trabajadores que menos ganan. Ello nos obliga a plantear una nueva relación entre educación y la empresa productora y entre la educación y la sociedad contrastando los números de la educación formal con el incremento real de la capacidad productiva de los países y la elevación de las virtudes ciudadanas y de la convivencia pacífica.

Si la educación y la política ofrecen este saldo, no es mejor el saldo económico al final de los ochenta. Ciertamente la estrategia de los sesenta de sustitución de importaciones de bienes finales de consumo produjo años de crecimiento sostenido y de expansión industrial. Pero en sí mismo llevaba la limitación: descansaba en las muletas del subsidio y de la protección estatal. Lo que pudiera faltar en la calidad del esfuerzo productivo y en el precio competitivo, lo ponía el Estado como protección aduanera frente a la competencia internacional. Así mismo, no se hacía el debido esfuerzo por conquistar mercados internacionales donde tendrían que competir en igualdad de condiciones. Esto hizo que en general la fortaleza del empresariado fuera artificial y cuando en la última década tuvieron que presentarse a la competencia internacional abierta, quedó patente su debilidad. Así mismo llegamos a la década del noventa con una pesada carga de deuda externa que superaba los 430.000 millones de dólares que tiende a hacerse perpetua,

pues no hay capacidad de reducirla, ni siquiera de pagar los intereses sin hipotecar gravemente los programas de desarrollo interno. En la década de los ochenta se produjo una transferencia neta de capitales al exterior de 230.000 millones de dólares, al tiempo que el déficit de inversión en América Latina y el Caribe se calculaba en 700.000 millones de dólares. Debemos modificar de tal manera los factores internos que se revierta el flujo de capital y de iniciativa empresarial internacional para que ésta vuelva con toda su capacidad. Afortunadamente ya en varios países se está dando este cambio.

América Latina llegó a la década del noventa con verdadera sensación de fracaso. Fracaso de la vía cubana, fracaso de las dictaduras militares de derecha impulsadas por Estados Unidos y fracaso de las políticas intermedias de partidos políticos reformistas con fuerte orientación populista y subsidio estatal al bienestar generalizado. Fracaso en definitiva del liderazgo nacional para producir la sociedad y la economía que necesitamos. Esta sensación iba acompañada por el cambio del interés mundial que parecía atraer más la atención y las inversiones hacia el este europeo o hacia el sureste asiático.

¿Será que ya pasó la oportunidad de América Latina?

A nuestro modo de ver no hay tal. Simplemente cambió el mundo y cambió la realidad latinoamericana. Sólo quienes capten rápidamente las nuevas condiciones de posibilidad nacional en los nuevos escenarios internacionales y actualicen la búsqueda de sus objetivos en esta nueva realidad podrán lograr sus metas.

Cambios y nuevas perspectivas en los noventa

Los nuevos escenarios en la década final del siglo xx han cambiado sustancialmente los retos y las condiciones de posibilidad. Estos cambios son mundiales y también propios del mundo latinoamericano.

Cambio en los escenarios internacionales y nacionales

Sólo menciono el hecho de la *globalización* de la economía, la *desmaterialización* de la producción haciendo que cada vez tengan menos peso y valor las materias primas y la fuerza de trabajo no preparada, la apertura de las fronteras que permite una *más abierta combinación de factores de producción* sin respetar los estrechos límites de los Estados nacionales y la *revolución de las telecomunicaciones, del transporte y de la informática*.

Al mismo tiempo la *desaparición del Bloque Soviético* en su realidad política y también económica para avanzar precipitadamente hacia el capitalismo, quita esta referencia a América Latina y a muchos de sus intelectuales, universitarios y luchadores sociales y políticos. En consecuencia también el anticomunismo civil, militar y religioso que tanto peso negativo y de bloqueo ha tenido en América Latina después de la Segunda Guerra Mundial, han sido barridos por sólo estos hechos. Es también un hecho el cese en algunos países y el ocaso en otros de las luchas guerrilleras orientadas a la toma del poder y cambio total de sistema.

Los *Estados nacionales* a nivel mundial pierden fuerza y hegemonía, pues ya no controlan la abierta comunicación de los capitales y de los otros factores de producción y tampoco los factores de seguridad y de defensa, ni la cada vez más libre movilidad humana. Así como las realidades supranacionales y los nuevos bloques económicos relativizan el poder y modifican el papel de los Estados nacionales, también éstos pierden la fuerza monolítica de otros tiempos dentro de sus territorios y del ámbito controlado por ellos.

La *nivelación y homogeneización del horizonte cultural*, producto de los medios de comunicación social convertidos en gigantesca empresa económica, hacen que en Moscú o Pequín se ponga de moda la misma música, la misma comida o los mismos vestidos que en Londres o Nueva York. A su vez la globalización y la uniformización económica y cultural son fuertes vientos que han soplado sobre las cenizas que escondían las latentes brasas de los *nacionalismos* y dialécticamente han contribuido a avivar *la identidad de los pueblos, de las culturas y de las religiones específicas*. Al mismo tiempo la amenaza de la globalización también da pie a reacciones fundamentalistas y peligrosas xenofobias segregadoras.

Además de estos cambios internacionales, y los cambios políticos en América Latina, hay otras tendencias que se han ido afianzando en estos últimos años. La inflación que en los ochenta llegó a un promedio de 500 % alcanzando en algún año a 900, en 1994 será del 12 %. Los aranceles externos que en los ochenta eran del 50 % promedio, hoy están cerca del 10 %. El comercio regional está creciendo tan rápidamente que en 1993 ha habido más comercio dentro de la Región que con USA y, por ejemplo, las inversiones chilenas en Argentina que en 1991 eran de unos 100 millones de dólares han pasado a cerca de 3.000 millones en 1994. La apertura y los pasos hacia la integración regional se reflejan en los numerosos acuerdos como Mercosur, Pacto-

Andino, Mercado Común Centroamericano, G3, NAFTA etc. La creciente unidad latinoamericana da una fuerza mayor de negociación internacional, además de las naturales ventajas de una mayor solidaridad entre pueblos que tienen tantos elementos en común. Las inversiones extranjeras están aumentando rápidamente. En 1994 entraron 55.000 millones de dólares y América Latina está atrayendo 8 veces más capital que en los ochenta por la sencilla razón de que ahora hay condiciones atractivas. Entre 1988 y 1993 los mercados de valores latinoamericanos rindieron un 26 % más que la Bolsa de Nueva York. En la mayoría de los países, incluidos Perú y El Salvador, hay un significativo incremento de PIB. Se ha avanzado mucho en el restablecimiento de los equilibrios macroeconómicos y se han dado importantes pasos en la privatización de empresas a fin de lograr un Estado más eficiente y concentrado en sus responsabilidades primordiales. En todos los países excepto Cuba hay gobiernos democráticamente elegidos.

Por supuesto sólo estamos mencionando algunos hechos que indican efectivos aires de cambio. Junto con estos cambios positivos es un hecho alarmante la pobreza en que vive aproximadamente la mitad de la población con peligro de que los costosos ajustes recaigan principalmente sobre los sectores de menores ingresos. La indigencia en la última década aumentó del 19 al 22 % y la pobreza llegó al 46 %. Sobre este punto hoy hay una conciencia más realista que en años anteriores, pero todavía las políticas económicas no incluyen debidamente la incorporación productiva de la población con peligro de que casi media población sea dejada a la beneficencia pública y privada.

Al considerar los logros y fracasos de las décadas anteriores y los nuevos desafíos y escenarios en los que hoy se plantean los problemas latinoamericanos, vemos las siguientes posibilidades para América Latina.

Algunas conclusiones latinoamericanas

Aunque pueda sonar un poco dramático, nos parece que es necesario aceptar algunos hechos y tareas que significan un corte con actitudes individuales y políticas del pasado y nos parece que además ya está ocurriendo en forma muy acelerada. Algunos de los presupuestos básicos formulados en forma esquemática serían los siguientes:

1. *Estamos solos. Nadie lo va a hacer por nosotros. Ni siquiera vendrán para explotarnos.*

Con esto no se pretende recomendar el aislacionismo, sino asimilar el hecho de que ahora los encuentros y las cooperaciones son competitivas, es decir que hay que poner fin a la actitud de echar la culpa a los factores externos o de esperar que la caridad de ellos haga en nuestro lugar las sociedades latinoamericanas que deseamos. Esta sola aceptación tiene enormes implicaciones en la formación y socialización política, así como en las actitudes empresariales y en general productivas. Para los efectos es similar la actitud que espera todo del Estado (considerado como algo externo) o le echa la culpa de todo lo que no funciona en forma adecuada, eludiendo así la responsabilidad y esfuerzo propios y olvidando que el Estado mismo es producto nuestro.

Desde esta posición de asumir la propia realidad, se pueden establecer unas relaciones sanas de cooperación internacional.

2. Tendremos la sociedad, la economía, la política y la convivencia pacífica y justa que seamos capaces de producir nosotros.

Este punto es consecuencia del anterior y clave para el éxito: entendernos como productores de nosotros mismos y de nuestras sociedades.

3. Redimensionamiento del Estado.

Con frecuencia el Estado es vivido en la conciencia ciudadana como algo externo cuya calidad y funcionamiento no dependen de la conciencia y conducta ciudadana de cada uno, pero al cual se le puede pedir y exigir todo. Su manera de financiarse, su manera de ser gestionado y su relación con la sociedad civil debe ser transformada radicalmente. Por tanto no tiene sentido un estado paternalista, que mantiene y subsidia la mediocridad empresarial, que con sus dádivas distorsiona la productividad de las empresas, ni un Estado que sea manejado como botín privado por los partidos clientelistas nombrando funcionarios a base de carnet. Un Estado más descentralizado con una mayor vitalización participativa en la base municipal, vecinal y regional ayuda a desarrollar una conciencia más contributiva en cuanto a los servicios públicos y al mismo tiempo más exigente en cuanto a la eficiencia de éstos. Hay que recrear el sentido de lo público como aporte ciudadano y no simplemente como demanda de servicios gratuitos. El sentido ético y los valores ciudadanos deben desarrollarse en la sociedad civil para que los aportes, la vigilancia y las virtudes cívicas contribuyan a un Estado más eficaz, más controlado y menos pesado y costoso. En el pasado la ineficacia y la corrupción en las áreas del Estado gozaban de mucha tolerancia y de comprensión. Así se llegó a fabulosos déficits públicos, colapso de los servicios públicos y en muchos casos a la quiebra del Estado.

En el pasado hemos vivido la realidad de Estados represivos para los que la población pobre era una amenaza y por tanto objeto primordial de represión. Ahora no se puede alegar el peligro comunista como excusa y hay que desarrollar un liderazgo capaz de asumir la realidad total de la sociedad y de asumir a los pobres como verdaderos ciudadanos. Lo mismo se diga en relación con las Fuerzas Armadas, sus presupuestos y su formación con frecuencia profundamente distorsionada en relación a los países vecinos latinoamericanos y a la población de bajos recursos.

4. La educación formal e informal valen por la capacidad que tienen de formar productores.

La mayor pobreza humana consiste en no poder ser productor y beneficiario de esa producción. Los países con el 40 ó 50 por ciento de la población pobre no pueden ser sino pobres países. Por eso la educación hay que entenderla como formación de productores de valores, de calidad ciudadana y de los bienes y servicios que necesitamos en una economía abierta y globalizada.

Esto refuerza la alta valoración de la educación en un mundo económico competitivo en el que la clave está en la formación humana de calidad con capacidad para generar valor agregado. La capacidad de asimilación y manejo de la ciencia y de la tecnología a todo nivel, supone un vuelco en el sistema educativo latinoamericano y también en el horizonte de las luchas universitarias de los años sesenta.

Pero para que la educación surta los efectos necesarios no puede ofrecer más de lo mismo que en cifras impresionantes se dio en las décadas anteriores. Hay que pasar de entender el hecho educativo como medio para acceder a la riqueza ya existente, a considerarlo como medio para producir la riqueza que no existe. Hay que desburocratizar y despartidizar el hecho educativo y pasar del Estado docente quasimonopólico a la sociedad docente apoyada por un Estado que da plena prioridad al desarrollo de la gestión educativa plural formadora de ciudadanos y de productores. Y finalmente hay que poner un gran énfasis en la formación para los oficios y evitar que todo el sistema educativo sea enfocado hacia la universidad produciendo el fracaso de muchos que van a ella sin tener la cualidades y de otros que no recibieron la formación profesional que necesitaban.

5. Los empresarios deben competir sin muletas estatales y sin protecciones a la ineficiencia e incapacidad. Asumir la totalidad social y negociar.

La política de sustitución de importaciones de bienes finales de consumo, en la que se basó la industrialización latinoamericana de las décadas anteriores, llevó a que el Estado protegiera ineficiencias y distorsionara la productividad con sus subsidios y protecciones. Ahora hay que medirse en mercados abiertos y ser capaz de exportar porque se tiene calidad y precios competitivos y hay que formar equipo y negociar para ello. La competitividad no la dan los bajos salarios de los trabajadores, sino la buena gerencia y la buena formación de los mismos. Para lograr esto es necesario desarrollar una cultura de negociación y de cooperación entre los factores de producción que lleven a unirse en el propósito común de hacer empresas competitivas. La pobreza y la riqueza del país no dependen de sus riquezas naturales, ni de sus materias primas abundantes (cosa que se enfatizó en el pasado y todavía lo hacen algunos), sino del número de personas capaces de manejar las actuales condiciones de productor exitoso en el mundo. Por ello las empresas deben dar máxima prioridad y contribuir eficazmente a la tarea educativa tanto general como la que hacen continuamente con sus propios trabajadores. El Estado debe apoyar una decidida política de ciencia y tecnología y de potenciación humana, pero evitando compensar con su ayuda la ineficacia empresarial.

Al hablar del futuro de América Latina y de sus capacidades para enfrentarlo, siempre de manera implícita o explícita aparecen dos preguntas, la primera tiene que ver con la actitud del latinoamericano hacia el trabajo y la gerencia y la otra con el papel de la religión y más en concreto de la Iglesia Católica.

La pregunta por nuestras identidades latinoamericanas

Decimos identidades y no identidad, puesto que la identidad latinoamericana está en su variedad y en su condición mestiza. El continente latinoamericano es el mayor crisol mundial donde se han fundido de manera más profunda y amplia las razas indígenas con el europeo y el africano. Fusión y mestizaje lleno de violencias y atropellos, como sucede siempre en la historia, pero que hoy presenta un cuadro de convivencia, de tolerancia y de apertura que ningún otro continente puede presentar. Sin embargo hay la tentación de pensar que América Latina sólo será capaz de resolver sus problemas en la medida en que renuncie a su identidad y deje de ser mestiza para hacerse sajona (nos decían hasta ayer) o asiática, como nos urgen hoy. Hay libros sobre esto. Libros de ayer y libros de hoy. Nuestra opinión es que los pueblos hacen bien aquello que sale del fondo de su identidad y no lo que tratan de hacer

ignorando esa identidad o forzándola para que sea otra. Al mismo tiempo defendemos que la identidad no es estática ni petrificada en el pasado, sino algo muy dinámico, adaptativo y con enorme capacidad de asimilación. Lo que viene del exterior no es malo, ni la novedad amenaza la identidad por ser novedad, sino que depende de la asimilación que se haga. Si lo que viene de fuera es asimilado y fortalece lo propio, como cuando digerimos bien cualquier clase de alimentos, entonces la identidad propia se fortalece, crece y resulta dinámica y creadora.

En aras de la brevedad y de la claridad, voy a citar a dos autores de mucho predicamento en el siglo pasado y que nos permiten poner sobre el tapete la posible contradicción entre las identidades latinoamericanas y los actuales retos de desarrollo. Domingo Faustino Sarmiento (1811-1885), que tanto peso tuvo en la política argentina —llegando a ser Presidente de la República— y sobre todo en la educación, decía que el pueblo latinoamericano «se distingue por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial». Y señalaba las causas de tan fatal resultado: «Mucho debe haber contribuido a producir este resultado desgraciado, la incorporación de indígenas que hizo la colonización. Las razas americanas viven en la ociosidad y se muestran incapaces, aún por medio de la compulsión, para dedicarse a un trabajo duro y seguido. Esto sugirió la idea de introducir negros de Africa, que tan fatales resultados ha producido. Pero no se ha mostrado mejor dotada de acción la raza española, cuando se ha visto en los desiertos americanos abandonada a sus propios instintos.»

Por eso el también pensador argentino Alberdi (1810- 1884) decía que «en América todo lo que no es europeo es bárbaro». Se sobrentendía que el siglo pasado europeo civilizador era sólo el anglosajón en contraposición al mediterráneo y en concreto al español. «Por otra parte —aclaraba Sarmiento—, los españoles no somos ni navegantes, ni industriosos y la Europa nos proveerá por largos siglos de sus artefactos en cambio de nuestras materias primas; y ella y nosotros ganaremos en el cambio: la Europa pondrá el remo en las manos y nos remolcará río arriba, hasta que hayamos adquirido el gusto de la navegación.» Aquí es donde debemos preguntarnos ¿Incapacidad determinista o condicionamiento cultural histórico y por tanto cambiante?

Hoy concepciones parecidas a éstas toman fuerza de nuevo. Antes nos comparaban negativamente con los anglosajones, ahora muchos nos ponen como ejemplo a los del sureste asiático, que tanto éxito económico han tenido recientemente. Los latinoamericanos no tendríamos más remedio que ser como ellos o perecer.

Este es un terreno lleno de prejuicios, pues se trata de la apreciación de los pueblos y en esto el etnocentrismo es la regla general y no la excepción. Aunque hay muchas teorías perjudicadas que condenan a muchos pueblos a la inferioridad constitutiva, prevalecen tres factores que combinados aplican algunos a América Latina de manera determinista: la religión, la raza y la geografía darían cuenta exacta de la supuesta falta de laboriosidad de los latinoamericanos.

Haciendo un uso no muy ajustado de Max Weber y su libro *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo* algunos acuden a la religión católica de los latinoamericanos, como causa de su supuesta falta de espíritu creativo y de trabajo. Otros parecen hacerse eco de la idea hegeliana de que hay pueblos privilegiados para crear civilización y otros simplemente limitados a ser consumidores de civilización. Y no faltan quienes al determinismo racial y religioso añaden elementos de determinismo geográfico, más cuando se trata de países tropicales. Personalmente en mi época de estudios observé cómo en Alemania muchos tenían una especie de evidencia cotidiana de su superioridad y de la mayor cercanía a la racionalidad humana que tendrían los nacidos en Mitteleuropa, al tiempo que observaban que los «gastarbeiter» inferiores venían del sur, eran «sudlander» evidentemente afectados por el calor mediterráneo que los hacía festivos, temperamentales y poco laboriosos y disciplinados.

Para relativizar estas «evidencias» inconsistentes baste recordar que las grandes culturas que conocieron los europeos venían justamente de esas tierras calientes del sur al tiempo que los del centro y norte de Europa eran considerados bárbaros. Las culturas caldea, asiria, babilonia, egipcia, fenicia, griega, romana y árabe florecieron de manera asombrosa en tierras cálidas y fueron creadas por los antepasados de esos pueblos mediterráneos del sur hoy considerados atrasados y de raza inferior. Las disciplinadas legiones del imperio romano no eran alemanas sino que tenían el corazón de su organización en Italia. Al tiempo que los temibles vikingos y normandos eran antepasados de los actuales pacíficos escandinavos. Si miramos a Asia nos encontramos con temprano desarrollo de culturas admirables y avances tecnológicos superiores y anteriores a los europeos al menos hasta el siglo XIV. Otro tanto se puede decir de las culturas mayas, aztecas o incaicas cuya producción asombra tanto.

En cuanto a la religión todo queda más que relativizado cuando vemos que en el mundo norteamericano los ciudadanos de origen católico (irlandeses, italianos, polacos...) han tenido en décadas recientes éxi-

tos relativamente mayores que sus colegas protestantes dentro de su mundo de trabajo y gerencia. En Europa la atrasada Italia ha alcanzado a los ingleses en su economía y sin duda en las últimas décadas en los pueblos del Estado español se han dado cambios acelerados que demuestran que estamos ante hechos culturales cambiantes aún dentro de unas mismas raíces religiosas. Y los del sureste asiático exitosos no tienen raíces protestantes ni católicas y apenas ayer eran despreciados y frenada su migración, pues constituían el «peligro amarillo».

Esta somera alusión la hacemos para poner la discusión sobre la laboriosidad, creatividad económica y desarrollo en el terreno que le corresponde, en el terreno cultural, lleno de cambios históricos. No se trata de negar los condicionamientos, sino de devolver su lugar a la creatividad de los pueblos. Hoy en América contemplamos las ruinas de grandes y asombrosas culturas cuyo misterio y explicación hay que buscarlo en el alma y organización de esos pueblos en un momento histórico determinado. ¿Qué movió el espíritu de los mayas, aztecas e incas para llegar a desarrollar con su raza y en esta geografía culturas tan desarrolladas y organizaciones tan sofisticadas? Ante el misterio de sus ruinas algunos se sienten tentados de atribuirles a seres extraterrestres antes que aceptar esos trabajos portentosos como realizados por los antepasados del actual campesino quechua empobrecido, humillado y privado de la espina dorsal de una cultura que despierte y estimule su trabajo creativo.

En la realidad colonial de la América Ibérica y luego en el desarrollo de las repúblicas independientes hay factores fácilmente identificables que dan cuenta de los fracasos y de las limitaciones en el desarrollo económico social. Permítanme presentarles una sola muestra ilustrativa de lo que afirmo que tiene además un interés particular para este auditorio.

El francés Francisco Depons publicó en París, en 1806, su conocida obra *Viaje a la Parte Oriental de Tierra Firme en la América Meridional* que trata de Venezuela. El era agente del Gobierno de Napoleón cuando vivió en Caracas de 1801 a 1804. Conoció bien la lengua y la región del Caribe por haber vivido en ésta desde 1792 y estaba interesado en observar y recoger informes, sobre todo lo que fuera de utilidad para la economía y el comercio francés, enfrentado al poderío inglés.

A pesar de sus prejuicios e inexactitudes en muchos aspectos, la obra de Depons es de gran interés. Algunas observaciones nos expresan con suma claridad la valoración dominante del trabajo en la alta sociedad criolla de esta colonia española en su cristalización final. La

actitud más generalizada en la sociedad contrastaba con los rasgos de profunda innovación moderna que iba introduciendo determinado tipo de inmigración en el siglo XVIII venezolano y algunos funcionarios típicos del despotismo ilustrado con nueva mentalidad económica.

Depons observa que los dueños de las haciendas «principalmente y de ordinario residen en las ciudades, donde todo propietario tiene su casa y su familia. El ajuar, el número de criados, los gastos, en una palabra se disponen de acuerdo con el producto de la hacienda pero no dejan de calcular éste al tipo de año más fértil y abundante. Por consiguiente, sólo por excepción, las entradas son mayores que los gastos y en vez de economizar para mejorar el cultivo, se cargan de deudas y las achacan al mal tiempo y a deficiencia de las leyes, cuando sólo se deba a la falta de orden de los hacendados». Esta actitud típica del rentista que no «economiza para mejorar el cultivo» sino que todo lo destina al consumo, denota la ausencia de una mentalidad capitalista burguesa que en muchos aspectos de la agricultura venezolana ha durado hasta nuestros días, en contraste con el surgimiento de sectores de alta inversión y plenamente innovadores.

Pero no se trata sólo del ausentismo y de falta de inversión, sino que la actividad productiva era una deshonra para el hidalgo y el mantuano venezolano. Así se resalta en un significativo relato de Depons: «El hacendado que una vez al año visita sus haciendas, está satisfecho de haberse ocupado bastante de sus intereses. A menudo, ni siquiera se ha enterado de los trabajos que se practican en su finca. Recuerdo que una vez le pregunté a un doctor español que acababa de pasar dos meses en su hacienda de caña, si el tiempo era bueno para las plantas, si se daba buena azúcar, en una palabra, si su industria marchaba bien. Me respondió, sonriendo desdeñosamente, que de esos detalles se ocupaba su administrador; y todos los presentes tomaron cartas en el asunto para indicarme seriamente que el señor doctor sólo iba a sus haciendas por placer y por gozar del buen clima y no a vigilar sus intereses ni a ocuparse de la administración de ella. Hube de presentarle inmediatamente y con toda solemnidad mis excusas. Quedé confundido por haber molestado a un propietario español con preguntas que hubieran halagado al más poderoso de los hacendados franceses. Un país donde se desdeña de tal modo la agricultura, es indigno de los favores de la Naturaleza.»

Depons considera que los vascos de la Compañía Guipuzcoana entraron en Venezuela con una mentalidad empresarial distinta y, aunque hacía más de veinte años que ya había desaparecido la Compañía,

pondera el observador francés sus éxitos notables «por lo atinado de sus administradores, quienes fueron siempre de la Provincia de Vizcaya, que parece el asilo de las buenas costumbres».

Así pues Depons remite el hecho de la productividad de las haciendas a la mentalidad de sus propietarios. Luego tiene algunas observaciones sobre las diversas actitudes que observa entre los criollos y también entre los peninsulares: «Todos los blancos son hacendados o negociantes, militares, clérigos o monjes, empleados judiciales o de hacienda. Ninguno se dedica a oficios o artes mecánicas. El español blanco y principalmente el criollo, se siente deshonrado si se gana el sustento con el sudor de su frente y si lo debe a los callos de su mano.» Entre los peninsulares distingue también entre aquellos venidos de España como funcionarios que provocan celos de los criollos por quitarles los altos puestos, aunque con frecuencia éstos tengan mejor formación. En contraste con éstos, hay otros peninsulares que vienen a producir y a hacer fortuna:

«La segunda clase de Europeos residentes en Caracas se compone de aquellos a quienes la industria o el deseo de hacer fortuna llevan a estos lugares. Casi todos son oriundos de Vizcaya o de Cataluña. Unos y otros son igualmente industriosos; pero los Vizcaínos, sin fatigarse tanto, administran mejor sus negocios. Como dispuestos a los riesgos del comercio y como constantes en la agricultura, suelen superar a los Catalanes. Pero éstos a su vez los superan en laboriosidad, si bien, en verdad, son menos arrojados y menos cultos. El Vizcaíno nunca se arredra por la magnitud ni por el riesgo de una especulación. Confía bastante al azar. Los otros, más parsimoniosos, no emprenden sino lo cierto y lo que juzgan dentro de sus fuerzas y recursos.»

Dice Depons que tanto unos como otros «se distinguen por su buena fe en los negocios y por su exactitud en los pagos».

Una tercera categoría de inmigrantes sería la de los Canarios que abandonan su tierra más por necesidad que por ambición. Ellos «son tan trabajadores como los Vizcaínos y los Catalanes». Y termina Depons. «En conclusión, todos éstos son elementos útiles a la sociedad; pues todos tratan de ganarse la vida por vías legítimas, y tienen a honra probar, por medio del ejemplo personal, que el hombre ha nacido para el trabajo.»

Esa misma mirada apreciativa tiene con los habitantes de otras regiones de Venezuela. Por ejemplo, al hablar de Maracay y de los Valles de Aragua, dice: «Al igual del pueblo, sus habitantes son dignos de la

admiración del observador. Nadie presume de alcurnia ni se envanece con las distinciones.» «La industria, la actividad, el trabajo, son base de sus sentimientos. Por una beneficiosa emulación la agricultura ha llegado a ser la pasión dominante de todos.» De nuevo esta realidad en los Valles de Aragua es atribuida a los vascos y canarios. «No cabe duda de que la mayoría de ellos han de ser Vizcaínos, pues éstos, entre todos los españoles europeos residentes en Tierra Firme, se dedican con preferencia a la agricultura. Los oriundos de Canarias les siguen las huellas, aunque no les igualan. Las hermosas siembras que atraen la mirada en los alrededores de Maracay, se extienden por todos los Valles de Aragua ya se llegue a ellos por Valencia o por las montañas de San Pedro, que los separan de Caracas. Allí se tiene la impresión de estar en otro país, en una comarca poblada por la gente más laboriosa y amiga de la agricultura. En las quince leguas de Este a Oeste ocupadas por estos valles sólo se ven campos de frutos coloniales, regados con arte, molinos de agua y soberbios edificios destinados a la fábrica y preparación de los productos. Lo más notable, sin embargo, es la gran actividad que parece hija de aquella tierra. La gente libre que en otras partes casi no hace nada, aquí se dedica a trabajar, mediante un salario razonable, de suerte que el hacendado no ha de comprar sino muy pocos esclavos, únicamente los necesarios al mantenimiento de la hacienda. En los trabajos extraordinarios, como la siembra, la limpia y la cosecha, se emplea jornaleros libres.» (Véase la obra citada tomo I pp. 84, 105 y 229).

Traemos este testimonio para ver cómo las ínfulas de nobleza que cristalizaron en la sociedad criolla tardíamente en el siglo XVIII dan más cuenta de los hechos que supuestas explicaciones de determinismos religiosos, climáticos o raciales.

El trabajo es siempre un medio arduo que sólo se desarrolla cuando se quiere alcanzar un fin altamente valorado en la cultura propia. Para alcanzar ese fin se desarrolla el talento, la ciencia y la tecnología y se desarrollan organizaciones eficaces.

Hoy en América Latina estamos ante el mismo reto. La dirigencia de nuestros países tiene que asumir la realidad integral de los mismos y tender puentes efectivos entre las necesidades dramáticamente sentidas, cuya satisfacción se pone como fin, y los medios eficaces para su logro. Nadie trabaja libremente si con su trabajo no se consiguen objetivos valiosos para sí. Tampoco se trabaja en aquellas culturas y organizaciones donde se puede conseguir el mismo fin sin trabajar. Esta es la causa por la que con frecuencia los clientelismos políticos, los subsidios

y los favoritismos estatales hacia empresas ineficientes o trabajadores mediocres, han matado el trabajo y la creatividad pues se podía llegar a obtener los objetivos de la riqueza o del consumo básico por el camino del Estado sin pasar por la productividad, la creatividad, el riesgo y la disciplina organizativa.

Es en este terreno donde se están dando hoy los grandes cambios en América Latina y que se apreciarán mejor dentro de pocos años. Los éxitos dependerán de la acertada combinación de la iniciativa privada creadora de riqueza y del papel del Estado que no distorsione sino que refuerce sobre todo con unos objetivos sociales claros y con el fortalecimiento de los talentos y de la ética del ciudadano creador. La paz y el desarrollo surgen de la incorporación de la mayoría de los ciudadanos a la tarea de lograr la convivencia y los valores ciudadanos, y la creatividad productiva de los bienes y servicios que necesitamos consumir o intercambiar.

El papel de la religión y de la Iglesia Católica

En América Latina no es unívoco el papel social de la Iglesia Católica. Nunca lo ha sido. Pero fundamentalmente ha habido en las décadas postconciliares un cambio desde posiciones predominantes que apuntalaban el orden conservador de privilegio y de marginación de las mayorías hacia una mayor identificación con el cambio y con el fortalecimiento de los oprimidos para que caminen hacia su liberación en una vida más humana. Este cambio después de la Conferencia Episcopal en Medellín (1968) piedra angular de la reflexión postconciliar de la Iglesia latinoamericana, en las primeras décadas estuvo signado por los enfrentamientos internos y el cuestionamiento del viejo orden o desorden, así como por la opción preferencial por los pobres. Esta lucha de dos décadas ha producido mártires, pensamiento, acción e inspiración cristiana. Ha dejado también al descubierto la tendencia de todo poder a utilizar la religión como legitimador y puntal del orden de poder y de privilegio.

En este contexto nace y se desarrolla la teología de la liberación. A mi juicio lo más duradero de ella no está en que coincidía con el enfoque revolucionario del cambio en las décadas pasadas, sino en su encuentro creciente e identificación con unas comunidades cristianas en las que la vivencia evangélica alimenta la creatividad, la solidaridad popular y la liberación por el camino de la producción responsable de una sociedad civil organizada y una alteridad consciente y con poder ante el

Estado y ante otros sectores sociales. Esto es duradero, está en crecimiento en todos los países y es condición indispensable para rescatar y revitalizar incluso al propio Estado. A pesar de los fuertes vientos neo-conservadores de los últimos tiempos, las comunidades cristianas son más numerosas y articuladas. Creemos que en pocos años más se producirá el necesario encuentro masivo de este espíritu con la necesaria mediación de las ciencias, de la tecnología y de la organización. Este encuentro no se ha dado todavía con la debida fuerza en las comunidades cristianas populares como camino para pasar de la miseria a la vida compartida y al desarrollo pacífico. Aquí también se va aprendiendo que no hay cambio por el atajo de la toma del poder político, sino que el camino es la producción de ciudadanía articulada y de los bienes y servicios necesarios.

La Iglesia Católica es hoy el principal factor de articulación popular y de animación de un espíritu de solidaridad ciudadana que está en la base de toda renovación de nuestras sociedades civiles, tanto en el aspecto político como en el productivo. No se trata de una vuelta a la cristiandad clerical, sino de un espíritu creativo abierto del pueblo de Dios que asume las identidades culturales, se encarna en ellas y las potencia para que realicen la difícil síntesis de los principios imprescindibles de la modernidad sin renunciar a su identidad y sin caer en la adoración y engaño de los mitos de ésta.

